

A photograph showing the lower legs and feet of three people sitting on a lush green lawn. The person on the left is wearing a light-colored, ruffled skirt and thin sandals. The person in the middle is wearing light-colored shorts and is barefoot. The person on the right is wearing a yellow, lace-trimmed skirt and is barefoot. The text of the book cover is overlaid on the bottom half of the image.

EL ÁRBOL DE JUDAS

Sílvia Soler

Teresa y Sara esperan a Andreu en el restaurante de siempre. Pero esta vez no están muy seguras de que aparezca. Es una espera larga e inquietante. Desde hace años, los tres amigos quedan, una vez al mes, para compartir unos momentos robados al tiempo alrededor de una mesa y reavivar esa amistad que ha perdurado desde la infancia a través de unos lazos sólidos, que han desafiado todo y a todos. Pero ahora, en plena madurez vital, ha ocurrido algo que ha desestabilizado todo y que ha puesto en peligro su amistad. Un árbol, el Árbol de Judas, acabará por convertirse en el cuarto protagonista de esta novela.

Una novela que habla de aquellos sentimientos esenciales en nuestra vida: el amor, la amistad y la particular relación entre padres e hijos.

Sílvia Soler

EL ÁRBOL DE JUDAS

*A mis padres, mis ángeles de la guarda.
A Montse Santesmases, que me hace compañía.
A Pedro, de noche y de día.*

Cercis siliquastrum

Árbol de hoja caduca, de la familia de las cesalpináceas, con estructura redondeada y de crecimiento discreto. Soporta las bajas temperaturas, pero prefiere los climas cálidos, sobre todo en el litoral. Admite suelos ácidos, calcáreos o neutros. Conocido popularmente con los nombres Árbol del Amor, Árbol de Judas, Árbol de Judea o Árbol de Júpiter.

Hay amigos confortables. Son aquellos con los que se puede compartir el silencio cómodamente. Suelen ser viejos amigos, con quienes tenemos tantas cosas en común que a menudo nos entendemos sin necesidad de palabras, basta con una mirada. Son amigos que nos proporcionan bienestar solo con su presencia, como una casa antigua con chimenea o como un jersey grueso que hemos usado mucho y tiene los codos deshilachados.

Hay amigos inciertos. Con ellos compartimos una relación que camina siempre al borde del precipicio. Les quieres y les detestas sin remedio. Habitualmente son amistades que se alimentan tanto del afecto como de la envidia. Suelen ser amigos divertidos, atrevidos, imprevisibles. Son aquellos amigos en los cuales nunca llegas a confiar del todo, pero a veces eso mismo les hace más atractivos.

Hay amigos íntimos, ocultos, invisibles. Amigos del alma. Son los amigos que a veces son confortables y a veces inciertos.

En una mesa rinconera, cerca de la ventana de un restaurante acogedor, hay dos mujeres sentadas. Un rayo de sol entra sesgado, ilumina sus caras y hace que bailen miles de minúsculas motas de polvo junto a sus labios. Ambas han cumplido los cuarenta, pero conservan un aire joven que se manifiesta en la rapidez de los gestos, en la viveza de la conversación, en la indumentaria.

Una es muy esbelta. Viste un pantalón de hilo de color gris y una camisa de un color azul claro muy pálido. Tiene la voz grave, unos ojos enormes y separados de color avellana, las facciones suaves, unas manos de dedos largos y delgados con las uñas bien cuidadas. Lleva el cabello, castaño claro, suavemente recogido sobre la nuca con un pasador de carey. Se llama Sara.

La otra tiene el cabello oscuro, muy corto, los ojos negros, la piel morena. Sonríe a menudo y, cuando lo hace, su cara se llena de luz. Viste ropa cómoda, de colores oscuros, su aspecto es austero, no lleva joyas ni maquillaje. Gesticula con vivacidad, haciendo que hablen sus manos y llenando su rostro de expresividad. Se llama Teresa.

Son dos viejas amigas acostumbradas a estar juntas y solas, pero en este momento, en este restaurante pequeño y elegante —Fiesole—, no tienen una actitud relajada. En su conversación hay pequeños silencios, duros como piedras, que quedan encima de la mesa y la van cubriendo, como si alguien se entretuviera en desmenuzar un corrusco de pan y las migas fueran llenando el mantel de hilo. Están a punto de empezar a comer, pero las miradas intermitentes de una y otra hacia la puerta del local son continuas. Esperan a alguien que no saben si vendrá.

—No puedo recordar mi vida sin que aparezcas tú. —Sara ha roto el último silencio, que había caído dentro de su vaso, como una bolita de hielo—. ¿Cuántos años teníamos cuando nos conocimos?

—Tres o cuatro, supongo. No lo sé. En el parvulario...

—Tres o cuatro. Imagínate. Quiere decir que no recuerdo nada de los primeros tres o cuatro años de mi vida.

Teresa inspira y deja salir el aire con un gesto inequívoco de impaciencia.

—¿Y qué? Es normal, ¿no? Nadie recuerda nada de los primeros años. —Pero mientras lo está diciendo piensa en sus hijos, en sus primeros años, en todos los pañales cambiados, centenares, en las noches en vela, horas jugando con encajes de madera, escoger el jersey más suave y el abrigo más grueso, las papillas de fruta fresca triturada, el caballo de cartón de Reyes, carísimo, las velas recicladas de pastel en pastel, las reuniones de padres que no se acababan nunca. Se ve abocada a un pozo, arrojándole esmeraldas y brillantes, turquesas y granates.

Sara quiere decir algo, pero Teresa la interrumpe sin contemplaciones:

—De todas formas, son los años más decisivos, el poso con el que cada cual ha de enfrentarse a la vida. No creo que nada sea en vano, ni una sola de las carantoñas.

Sara la mira como si se hubiera vuelto loca durante unos segundos, pero decide ignorar el comentario fuera de lugar de su interlocutora. Sabe cómo funciona el cerebro de Teresa. Cada línea de pensamiento se bifurca y puede dar lugar a cincuenta más. Vete a saber de qué está hablando. Retoma el hilo de su argumentación.

—Mi madre dice que nos hicimos amigas el primer día de colegio. Sor Gertrudis también lo decía, ¿te acuerdas? «Ustedes, Dalmases y Fuster, son demasiado amigas». Qué

rabia me daba ese «demasiado». Era una envidiosa y una amargada.

—Mujer, no te pases. Lo era, es verdad, pero el día que nos dijo que éramos demasiado amigas tenía un poco de razón: acabábamos de hacernos un corte en la muñeca para mezclarnos la sangre, como en las películas.

—¿Y qué? ¿Qué le importaba a Sor Gertrudis si nos sacábamos o no nos sacábamos sangre, o si éramos demasiado amigas? Cuando lo decía me hacía sentir culpable.

A Teresa se le escapa la risa por debajo de la nariz. Le da un golpecito a Sara en la mano, con gesto condescendiente.

—Justo lo que quería Sor Gertrudis, hija. Que te sintieras culpable de ser amiga de una niña vulgar, que no te correspondía. ¡Sara Dalmases, amiga íntima de Fuster..., una niña tan mediocre, sin ninguna gracia..., tú, que las tenías todas!

Sara se peina pasando los dedos por las mechas de cabello de color castaño claro. Bebe un sorbo de vino. Finalmente dice:

—No digas tonterías.

Lo dice sin mucho convencimiento, y no ha sido precisamente una reacción inmediata. «¿Cómo es posible? —se pregunta Teresa, mientras revuelve el bolso buscando el tabaco—. ¿Cómo es posible que aún me haga sentir insegura y quizás acomplejada, al cabo de tantos años?».

Porque realmente Sara era —sigue siendo— una niña de buena familia. Sara era una Dalmases, hija de médico, nieta de médico. Y sus padres eran ricos, atractivos, tenían carrera y parecían felices. Y ella vivía en Sant Gervasi, en una casa con jardín, y sus hermanos parecían salidos de una foto de boda de una casa real europea. Y tenían una criada, y una señora viejecita que cosía, y un hombre robusto y hablador que cuidaba el jardín una vez por semana. Y pasaba los veranos en Calella de Palafrugell, donde sus abuelos tenían una casa fantástica a la orilla del mar. Los amigos de

sus padres eran médicos, abogados y empresarios prósperos. Y ella, siempre, desde muy pequeña, tenía ese hablar suave, tan elegante, que la ponía tan nerviosa.

Pero Teresa, obviamente, no dice nada de todo eso. Se limita a encender el cigarrillo y, con una sonrisa desmesurada, insiste:

—Sí, mujer, claro que sí. Tú eras la hija del doctor Dalmases, y yo era la hija de la tienda de comestibles. Yo no te convenía. O quizás tú no me convenías a mí; vete a saber cómo lo enfocaban. Una cosa está clara: a las monjas, que tú y yo fuéramos amigas no les gustaba. Estoy segura de que incluso lo habían comentado con tus padres...

—Pues ya ves el caso que les hicieron... —Sara respira tranquila, finalmente. Ha entrado en un terreno seguro, porque la buenísima relación que su madre y Teresa han tenido siempre es algo sabido.

Observa a su amiga y ve cómo se le endulza la mirada, y sabe que está pensando lo mismo que ella.

Teresa, efectivamente, piensa en la señora Dalmases. Virginia. ¡Vaya nombre! Cuando era pequeña era lo que más le impresionaba: que se llamara Virginia. Las demás madres se llamaban Carme, Rosa, Mercè. ¡Pero no Virginia! Y además, era muy joven —o lo parecía—, había ido a la universidad y tenía vestidos de noche para ir al Liceo. La señora Dalmases siempre la trató con delicadeza, tal como hacía todas las cosas. Era generosa por carácter y por educación, y hacía que Teresa se sintiera cómoda, a pesar de todo, en aquella casa impresionante de Sant Gervasi.

Teresa recuerda aquellas tardes, cuando tenían catorce o quince años, y las dos amigas estudiaban juntas en la habitación de Sara. La señora Dalmases les traía la merienda: ensaimadas y chocolate y zumo de naranja, todo en una bandeja, y servilletas de hilo. A veces las llamaba para que fueran a su habitación y se probaba aquellos vestidos largos que Teresa solo había visto en las revistas: «¿Qué os parece? ¿Me pongo el azul de seda salvaje o el de terciopelo».

pelo negro?». O se sentaba un rato con ellas y decía en tono de confidencia: «Así, Teresa, ¿hay algún chico que te haga tilín?». Y ella le decía que no, claro, porque el chico que le gustaba era su hijo Xavier, el hermano mayor de Sara.

Más adelante, Teresa mantuvo una relación extremadamente cordial y afectuosa con la señora Dalmases. Quizás porque le recordaba aquellas plácidas tardes de estudio, o simplemente porque le gustaba oírla decir: «Siempre me gusta hablar contigo, Teresa, me cuentas cosas divertidas».

A Virgínia le gustaban mucho las flores. Muchísimo. Tanto la casa de Sant Gervasi como la de Calella estaban siempre llenas de jarrones con flores frescas, y cuando se quedó viuda y redujo su vida social a la mínima expresión, el jardín de su casa se convirtió en su pequeño refugio. Cuando Teresa iba a verla, la encontraba a menudo revolviendo la tierra con las mangas arremangadas y un gran delantal atado a la cintura.

Por eso, cuando empezó a pensar en su futuro negocio, una de las primeras personas a quienes se lo contó fue la madre de Sara. La señora Dalmases la animó desde el primer momento: «¡Qué buena idea, Teresa!, ¡Solo a ti se te podía ocurrir mezclar libros y flores!».

Exactamente lo mismo que le dijo su propia madre: «Solo a ti, Teresa, se te podía ocurrir esta idea de vender libros y flores». Las mismas palabras pero dichas en un tono radicalmente distinto. Claro que su madre se había pasado la vida detrás de un mostrador, y conocía de cerca las servidumbres del negocio. Virgínia solo veía el lado romántico y dos elementos que le gustaban: la literatura y las flores.

Cuando llegó el momento, su madre la apoyó y se pasó horas ayudándola a poner en orden la tienda. No tiene queja de su madre. Tienen una buena relación. Pero le gusta haber tenido una especie de «madre ficticia» —«de broma», decían cuando eran pequeñas— en la figura de la se-

ñora Dalmases, la elegante señora de Sant Gervasi que la considera divertida y con quien habla de flores.

—¡Holaaa! ¿Hay alguien? —Sara ha perdido por un segundo su contención habitual para llamar la atención de su amiga.

Teresa se excusa. Deja a Virgínia y se concentra en su hija, Sara, la amiga que está sentada enfrente, la hija del doctor Dalmases. La delicada niña de buena familia a quien las monjas querían proteger de las perniciosas influencias de Fuster, o sea ella.

—Suerte que estoy acostumbrada a tus ausencias, chica. Preguntan si empezamos a comer o esperamos un poco más.

Teresa se encoge de hombros. Valora cuál es la mejor respuesta a esa pregunta aparentemente inocente. ¿Qué quiere oír Sara? La observa. Ve sus facciones serenas que hoy, está convencida, ocultan una tensión brutal. Intuye que aún no quiere darlo todo por perdido.

—Esperemos un poco más —dice, y capta un gesto casi imperceptible de alivio.

Las dos mujeres se sirven una segunda copa de vino. Teresa enciende otro cigarrillo y Sara se muerde los labios. No saben si el tercer comensal acudirá. No saben si se romperá por primera vez una tradición que instauraron hace veinticinco años: las comidas del primer viernes de mes en Fiesole. Pero saben, eso es seguro, que si Andreu no se presenta, la historia de esa excepcional amistad a tres bandas se habrá roto en pedazos, como los vasos que, al caer al suelo, estallan en miles de pedacitos y nadie piensa en intentar recomponerlos.

Andreu ha faltado pocas veces a la comida. Ellas dos más, sobre todo cuando sus hijos eran pequeños y se ponían enfermos cada dos por tres. De todas formas, precisamente hoy, no podría haber ningún motivo, por poderoso que fuera, que impidiese asistir a Andreu, si ha decidido

venir. Porque él, Andreu, también sabe que verse hoy o no verse marcará el futuro para siempre.

He bajado al parking y he observado con satisfacción que mi coche es el más limpio. La carrocería reluce incluso en la penumbra. He accionado el pequeño mando y he oído el clic de las puertas al abrirse. Me gustan estas pequeñas comodidades. Me gusta que las cosas funcionen. Es una tontería, lo reconozco, pero me produce un pequeño placer que, al pulsar el botón, el mecanismo se accione, salten los pestillos de seguridad y las puertas se abran con este clic, las cuatro a la vez.

Me he sentado frente al volante y lo he acariciado con los dedos. Tiene la piel suave, con pequeñas protuberancias. El interior del coche huele a limpio. No hay ningún ambientador —no soporto esos aromas abrumadores—, pero como aquí nadie fuma... huele a limpio. He puesto el climatizador a veinte grados. He encendido el radiocasete y he metido la cinta que estaba puesta: es la guitarra de Raimundo Amador. Después de unos instantes de duda, he sacado la cinta para escuchar la emisora de radio que está sintonizada. Las noticias me informan de que no hay nada nuevo: política y economía, como siempre, y se ha estrellado un avión en la India. He guardado la cinta de Amador en la caja correspondiente y he escogido otra: Sting canta «soy un *alien*, un inglés en Nueva York».

Pongo la primera y arranco. Sé que empieza un recorrido difícil. Sé que miraré a menudo hacia atrás. Levanto la mirada y, con la mano derecha, rectifico el retrovisor.

Siempre me ha gustado conducir, pero aún más si voy solo en el coche y puedo concentrarme en mis pensamientos. A menudo me sumerjo de tal manera que me olvido incluso de la música: me hace compañía, pero no la escucho.

¿Cuántos años debe de hacer que me saqué el carné? Es fácil: lo aprobé cuando solo hacía unos meses que tenía dieciocho años, y ahora tengo cuarenta y cuatro... Hace veintiséis. ¡Uf! Como dice Teresa, «hay demasiadas cosas que pasaron hace más de veinte años». Es cierto, pero yo recuerdo aquella época como si fuera ayer mismo. La emoción con la que me apunté a las clases de prácticas cuando aún tenía diecisiete años. Los sábados trabajando en la tienda de comestibles de los Fuster, de chico de los recados, para ganarme un dinero para el carné. Me pagaban cuatro perras los Fuster, y aun así trabajaba a gusto. Eran —lo son aún— gente agradable: sencillos, austeros en las muestras de afecto, pero muy agradables. Me trataban realmente como a uno más de la familia. Me habían visto en su casa desde siempre, jugando con Teresa y Sara, ayudando al pequeño Tomàs a hacer los deberes.

Siempre que podía, yo me escapaba al piso de arriba. En casa no me sentía cómodo, hacía los deberes en el comedor y papá se entrometía. En casa de los Fuster nunca estaban los padres —la tienda no cerraba hasta casi las nueve—, y nosotros nos instalábamos en aquella salita, pequeña y acogedora, donde nadie nos molestaba.

Más adelante, Teresa empezó a querer ir a casa de Sara a menudo. Cuando me preguntaban si quería ir, siempre buscaba excusas: la casa y la familia de Sara —tan distintas a lo que yo estaba acostumbrado— me inquietaban. Hay que reconocer que las chicas siempre me lo pusieron fácil, y que el problema en buena parte era yo, que estaba pasando una época francamente complicada.

Las cosas fueron cambiando. Pasó lo de Tomàs y Teresa me necesitó más que nunca, y yo empecé a ser yo y a abrirme totalmente con las chicas. Instauramos las comidas de los viernes... seguramente, cuando escogimos tres carreras diferentes y supimos que ya no sería tan fácil vernos a menudo. ¡O sea que de las comidas en Fiesole hace más de veinticinco años también!